

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 512.

## SUMARIO.

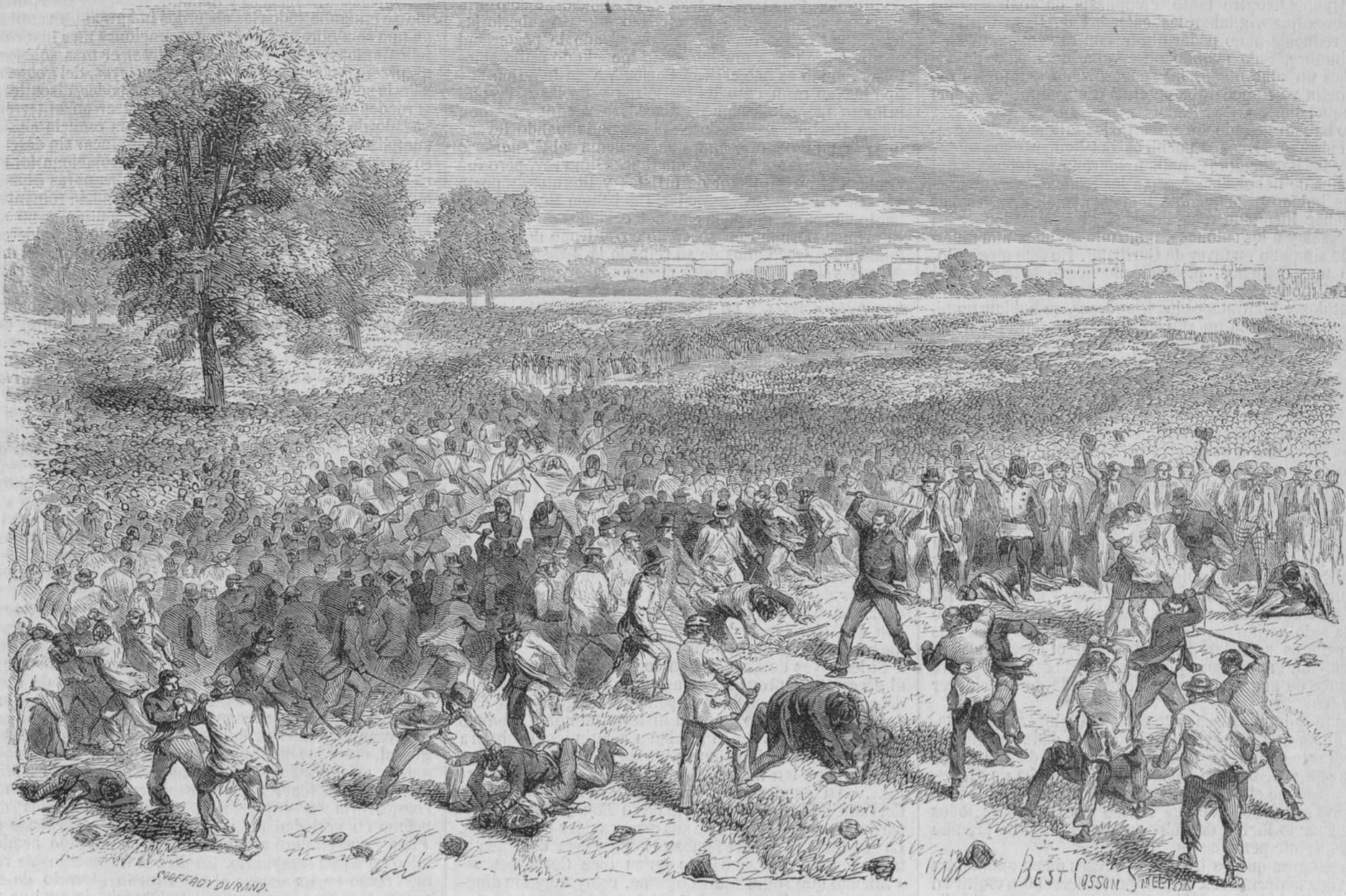
El meeting de Hyde-Park en Londres; grabado. — Las treinta y seis medallas de la real Academia española. — El trabajo. — Aniversario milenario en Rusia; grabados. — Revista de Paris. — Lilia. — La recoleccion de la manzana en la Normandía; grabado. — La fiesta de Todos Santos en Paris; grabado. — Una terrible prueba. — El castillo de Pierrefonds; grabado. — El antiguo puente de Charenton; grabado. — Historia de dos dia-

mantes. — Biografía española. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — Hotel Victoria en la plaza Real de Pau; grabado.

### El meeting de Hyde-Park en Londres.

El domingo 5 de octubre último se ha reunido en Londres un meeting, en el que han ocurrido graves desórdenes. Desde por la mañana habian acudido a Hyde-Park, punto de la cita, un número enorme de cu-

riosos, á pesar de haberse dado contraórden respecto de la manifestacion. La hora de los oficios religiosos y de los almuerzos dispipó aquellos primeros grupos de gente; pero á eso de las dos y media se formaron otros nuevos, y pronto se comprendió que iba á haber al mismo tiempo una manifestacion y una contramanifestacion. Mas de veinte mil personas se habian ya reunido, entre las cuales figuraban los obreros de las diferentes industrias, y aun cuando no habian principiado aun las operaciones ordinarias de los meetings, una multitud de oradores improvisados pronunciaba en los grupos los discursos mas violentos contra los franceses, contra el papa, contra el catolicismo y contra los irlandeses.



El meeting de Hyde-Park en Londres el 5 de octubre.

En medio de Hyde-Park hay una pequeña eminencia de tierra que en casos como este sirve de pedestal á la elocuencia, y desde la que los oradores acostumbran á dirigirse á la reunion. Hasta las tres no se habia hecho todavia tentativa alguna para ocupar esa posicion dominante, bastante parecida á aquella tribuna del Foro romano que se disputaban á puñadas y hasta á estocadas; pero á aquella hora se efectuó en la muchedumbre un primer movimiento, y uno ó dos oradores garibaldinos, pasando del discurso en detall al gran discurso oratorio, quisieron subir á aquella tribuna improvisada. A las primeras palabras que pronunciaron respondió un ¡viva! por parte de los protestantes, y los numerosos obreros irlandeses entremezclados en la muchedumbre contestaron á su vez con gruñidos. Este fué el principio del tumulto.

Los irlandeses no se hallaban mezclados todavia en aquella inmensa muchedumbre mas que en pequeños grupos de tres, cuatro ó cinco individuos. Pero en cuanto dieron á conocer su nacionalidad y religion por sus gritos de desaprobacion, se vieron denostados por los grupos inmediatos, que eran mucho mas numerosos, con la serie de epitetos brutales que son familiares á los ingleses cuando hablan de irlandeses, ó á los irlandeses. Estos tienen la costumbre de todas las minorias maltratadas, esto es, la de sostenerse entre sí y saberse agrupar, y así fué, que á aquellas demostraciones hostiles contestaron llamandose y acudiendo unos en socorro de otros. Todos los grupos separados formaron muy pronto uno mas considerable, hasta que llegó á reunirse un pequeño cuerpo de ejército, que por un esfuerzo combinado se apoderó de la eminencia-tribuna que el pueblo llamaba el Rediente.

Los garibaldinos se hallaban á la sazón bastante desconcertados, porque aunque en apariencia muy numerosos, pues no habia entonces menos de ochenta á cien mil personas en el parque, no eran muy superiores á sus adversarios, si se toma en cuenta el grandísimo número de curiosos absolutamente extraños á la contienda. A esto se habria limitado todo si cierto número de soldados de los Coldstream y de los granaderos no hubiesen venido á dar jefes á los protestantes y á ponerse á su cabeza. Estos soldados dirigieron contra el Rediente varios asaltos sucesivos, el último de los cuales fué con éxito.

La lucha tomó entonces un carácter de extremado encarnizamiento, y los irlandeses, violentamente maltratados, huyeron en plena derrota; pero sus adversarios, lejos de abandonarlos, siguieron persiguiéndolos. La escena de desorden que á esto siguió es indescriptible: unas cinco á seis mil personas, cifra en que puede evaluarse el número de los combatientes, se precipitaron á través del parque dando gritos, cargando los vencedores á los vencidos, y en medio de aquella persecucion fueron atropellados, golpeados y maltratados una porcion de curiosos inofensivos.

La policia, entre tanto, compuesta de cuatrocientos hombres que vigilaban las entradas de Hyde-Park, se veia reducida á no poder obrar contra semejante muchedumbre. Solo cuando observaba en medio de los grupos un alborotador mas encarnizado que los otros, acometia y se apoderaba de él. A eso se limitó su papel en aquel dia.

No habian llegado sin embargo los últimos y mas graves episodios. Dueños pacíficos del Rediente los soldados y los garibaldinos, habian logrado instalarse en él despues de haber dispersado á los irlandeses. Los oradores habian principiado á tomar la palabra, y despues de haber insultado á la Francia, al emperador de los franceses y á los católicos, pidió uno de ellos una muestra de simpatia en favor de Garibaldi. En este momento, poco mas ó menos, principió de nuevo la batalla. Hé aquí el motivo:

Batidos y maltratados los irlandeses, se habian reunido poco á poco en un rincón del parque, en el que habrian permanecido tranquilos á causa de su inferioridad numérica, si uno de ellos no hubiese recibido una puñalada de un desconocido, que segun decian todos era un italiano. Partió un grito de venganza de sus filas, y volvió á empezar la batalla; pero esta vez se echó mano de palos, piedras y cuchillos. Los irlandeses exasperados volvieron á apoderarse del Rediente.

No debian tardar sin embargo en perderlo de nuevo. Dos fuertes piquetes de granaderos y de fusileros acababan de entrar en el parque, los cuales tenian encargo de apoderarse de los soldados que se habian puesto al frente de los garibaldinos, y de contener así la lucha como habia hecho la policia quitando sus jefes á los perturbadores; pero al llegar las tropas junto al Rediente tomaron partido por los garibaldinos y asaltaron á los irlandeses que lo ocupaban. Verdad es que un soldado habia sido herido por uno de estos últimos, y que sus compañeros se dejaron arrastrar por el deseo de venganza, aun cuando semejante pasion es cosa muy grave de parte de una tropa armada encargada de restablecer el orden.

Como quiera que sea, este episodio calmó el combate, y la lluvia que sobrevino acabó con él definitivamente. El número de heridos llevados al hospital de San Jorge fué de quince, mas un soldado que lo estaba de gravedad, así como el irlandés que recibió la puñalada. Este último es el único que fué herido con cuchillo; todos los demas lo fueron de golpes en la cabeza. Se prendió á unas veinte personas.

Se asegura que los irlandeses presos dicen que fueron atacados los primeros, y que tenian derecho á emitir su opinion en un sitio público, como los anglo-garibaldinos lo tenian tambien de emitir la suya.

A consecuencia de esos desórdenes, y de la parte que en ellos tomó cierto número de soldados, se temia que ocurriesen riñas entre los numerosos soldados irlandeses que forman parte del ejército inglés y sus compañeros.

Esto no ha sucedido, pero desgraciadamente, á este meeting sucedió otro, en el que la pelea no fué menos reñida ni encarnizada.

### Las treinta y seis medallas

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

#### III.

Los duques de Estrées, de Saint-Aignan, de Richelieu, de Montmorency, de Villars, de Beauvau, de Coislin, de Harcourt, de La Force, de La Trémoille, de Lévis, de Nivernois, de Bassano y de Pasquier, han tenido el alto honor de ser individuos de la Academia francesa. Los duques de Noailles y de Broglie lo son en la actualidad. Esta corporacion ha tenido igualmente en su seno á los mariscales Belle-Isle, Villars y Richelieu, á los cardenales Fleury, Dubois, Soubise, de Rohan, de Luynes, de Estrées, de Maury, de Rohan Guéméné y de Polignac. Uno de los hermanos de Napoleon I, Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, que rehusó cuantos honores y distinciones le ofrecia *el mas glorioso de los tiranos modernos* (como dice Campoamor), incluso el de sentarse en alguno de los tronos, que aquel célebre guerrero conquistaba para su familia, no supo rehusar sin embargo el honor que le dispuso el primer cuerpo literario del imperio, ocupando inmediatamente uno de los sillones de la Academia francesa, el mismo que hoy ocupa uno de sus principales miembros, el conde Alfredo de Vigny. ¿Qué mas? En cuanto acabe de imprimirse la tan anunciada historia de Julio César, que está terminando en la actualidad el emperador de los franceses, Napoleon III llamará, con su libro en la mano, á las puertas de la Academia francesa.

Si las letras, las artes y las ciencias han sido protegidas y cultivadas en Francia por la nobleza, por las mas altas dignidades de la Iglesia y del Estado, por los generales mas ilustres, y hasta por los príncipes, los reyes y los emperadores, España ha sido en este punto tan afortunada como Francia. Hubo un rey de Castilla y de Leon que mereció el dictado de *sabio*; sabio era en efecto, no solo en la politica y en las leyes, sino en las ciencias exactas, en las letras y hasta en la filosofia. Otro rey hubo, cuya corte se componia principalmente de literatos y de poetas. Isabel la Católica, no solo protegia las ciencias y las letras, sino que sin saberlo las cultivaba: las cartas que ha conservado la posteridad de aquella sublime mujer son un modelo de estilo epistolar. Sabido es que el gran Carlos V y su hijo Don Felipe hacian gran caso de las letras y de las artes; el primero fué admirador de Garcilaso y amigo de don Diego Hurtado de Mendoza; el segundo mandó levantar ese magnífico poema que se llama *el Monasterio del Escorial*. Felipe IV fué un funestísimo rey, pero fué tambien gran protector de artistas y literatos, y poeta además nada vulgar. Su palacio del Buen Retiro era el punto de reunion de todas las celebridades de la época. El primer Borbon que se sentó en el trono de España fundó á los trece años de su reinado la *Academia española*, y veinte y cinco años despues la *Academia de la Historia*. Su hijo Fernando VI fundó la *Academia de las tres Nobles Artes*, y en el mismo año (1752) la *Academia sevillana de Buenas Letras*. No se quejará la España intelectual de los nietos de Luis XIV. Carlos III atendió mucho á aquellas, á pesar del poco tiempo que le dejaban libre los continuos negocios del gobierno de sus estados. Durante el reinado de Doña Isabel II se han creado otras dos academias de suma importancia, la de *Ciencias exactas, físicas y naturales*, y la de *Ciencias morales y políticas*; se fundó hace años un *teatro español*, y si desgraciadamente no subsiste ya es á causa de los continuos cambios de gobierno, de las rivalidades ridiculas de nuestros principales actores y de la escasez de obras originales que habia por entonces. El *Conservatorio de música y declamacion*, siendo regente del reino S. M. la reina Cristina, las academias de bellas artes de Barcelona, Sevilla, Valencia, Cádiz y Valladolid, la *Escuela superior de Diplomática*, y otras varias academias y escuelas, que se han creado en estos últimos años, prueban que el reinado de la reina Isabel ha sido fecundo para las artes y la literatura españolas.

Si los reyes de España han contribuido grandemente al desarrollo y progreso de aquellos importantes ramos del saber, los grandes de España han seguido, en casi todas las épocas de nuestra historia, el noble ejemplo de sus reyes. — « En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes... » Así empieza la dedicatoria que hizo Miguel de Cervantes de la primera parte de su *Don Quijote* al ilustre duque de Béjar, uno de sus mas grandes protectores. La segunda parte del famoso Hidalgo está dedicada al noble conde de Lemos, de quien dice Cervantes: — « Además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Napoles tengo al grande conde de Lemos, que

sin tantos titulos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. »

Quevedo sin su ilustre protector el gran duque de Osuna, seria un personaje incompleto, y si el célebre virey de Napoles no hubiese sido tan amigo y admirador del autor del *Gran Tacaño*, es mas que probable que este no habria compuesto el famoso soneto, uno de los mas hermosos que se han escrito en castellano.

Los célebres validos Luna, Perez, Lerma, Calderon, Olivares, Valenzuela, Ensenada, Godoy... pudieron ser por demás funestos para sus reyes y para su patria, pero todos ellos estuvieron rodeados de los principales poetas de su tiempo. El duque de Lerma y don Rodrigo Calderon hicieron la suerte de Góngora; el famoso conde-duque fué amigo y protector del inmortal Rioja.

Desde la creacion de la *Academia española*, esta ha tenido en su seno á varios príncipes de la Iglesia, á algunos hombres de Estado, y á no pocos grandes de España y títulos de Castilla. De noble alcurnia fué el primer *director*, y casi el fundador, de aquella docta corporacion, el *marqués de Villena*; de noble alcurnia es el actual *director* de la *Academia española*, el *excelentísimo señor duque de Rivas*. Entre sus actuales individuos de número hay uno que lleva un título de Castilla, con que tuvo á bien agraciarse á uno de sus antepasados el rey Don Felipe IV, en 1631. Es este el excelentísimo señor don Joaquin Ignacio Menco y Manso de Zúñiga, baron de Bigüezal, conde de Guendulain, del Fresno de la Fuente y marqués de la Real Defensa.

El señor conde de Guendulain empezó á darse á conocer como poeta lírico por los años de 1834 á 1836. Pertenece pues á aquella brillante época de nuestra literatura, en la que el *romanticismo* de Francia empezaba á reclutar en España gran número de prosélitos. El duque de Rivas, Espronceda, Villalta, Larra, el conde de Campo Alange, Enrique Gil, Bermudez de Castro (don José y don Salvador), Salas y Quiroga, Castro y Orozco, Vega, Escosura, Zorrilla, el marqués de Tabuérniga, García Gutierrez, Hartzzenbusch, Pezuela, Musso y Valiente, Ros de Olano, Pastor Diaz, Madrazo, el marqués de Molins, Santos Alvarez, Alonso, y otros que no recuerdo en este momento, respondieron dignamente al llamamiento de la escuela romántica, que hizo una verdadera revolucion literaria en Francia, comenzada por Victor Hugo por los años de 1830. *El Moro Expósito, el Diablo mundo, el Trovador, los Amantes de Teruel, Don Alvaro, la Corte del Buen Retiro, el Golpe en vago, Fray Luis de Leon*, hicieron en el teatro y en la literatura española la misma revolucion que habian hecho en el teatro y en la literatura francesa *Nuestra Señora de Paris, Hernani, Lucrecia Borja, Antony, la Corte de Enrique III, Indiana, Valentina, Chatterton*, y otras muchas obras, cuyas representaciones convertian el teatro en un campo de batalla, y cuya publicacion daba origen á las mas sangrientas polémicas entre clásicos y románticos. Si por romanticismo se entendia todos los absurdos imaginables reunidos en una sola obra, todas las exageraciones mas inverosímiles aglomeradas unas sobre otras, el mas soberano desprecio de las costumbres y de las leyes, del gobierno y de la sociedad, y hasta el derecho de poder discutir las verdades de nuestra religion y de entrar en el terreno vedado de la politica, claro está que la escuela clásica cumpliera con un deber de conciencia al ataca sin descanso á los que se afiliaban en la escuela revolucionaria. Pero si por romanticismo se entendia... las obras españolas y francesas que he citado antes, la escuela romántica no puede ser combatida, ni siquiera discutida, á no ser que discutamos acerca del mérito literario de Calderon, de Shakespeare, de Goethe, de Schiller, de Byron, del mismo Dante. — ¿ *El Alcalde de Zalamea, el Mágico prodigioso y la Vida es sueño* (tan respetada por los *verdaderos* clásicos), son por ventura concepciones menos románticas, en el verdadero sentido de esta palabra, que *Hernani, Marion Delorme y el Rey se divierte*? Ciertamente que no. El *Chatterton* de Alfredo de Vigny es menos romántico que el *Otelo, el Macbeth, el Don Carlos, é Intriga y amor; Julieta y Romeo* se deja muy atrás al *Trovador* y á los *Amantes de Teruel; Don Alvaro, ó la Fuerza del sino, y Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, pertenecen al mas severo clasicismo, en comparacion del *Fausto* ó del *Manfredo*.

¿Pertenece al romanticismo ó al clasicismo la última obra de Victor Hugo, que ha puesto en conmocion á la Europa entera? Allí donde estén *los Miserables*, allí iré yo á buscar obras que además de enseñarme bastante y de deleitarme mucho, me proporcionen algo mas... ese algo que hallamos los admiradores del proscrito de Guernesey en sus admirables creaciones.

Uno de los adalides que tuvo en la prensa el *romanticismo* moderno, el mas valiente de todos ellos y el mas antiguo tambien, fué el semanario de literatura y artes, titulado *el Artista*. En este amenisimo periódico, que desgraciadamente no tuvo mas que dos años de existencia (las cosas buenas duran poco en España), encontrara todo el que tenga curiosidad de recorrer sus interesantes números, la firma del señor baron de Bigüezal, entre los distinguidos poetas que he mencionado antes, colaboradores en su mayor parte de *el Artista*. Siento no tener á mano este semanario, pues me complaceria en copiar aqui algunos fragmentos del poema en variedad de metros, titulado *el Príncipe de Viana*, que empezó á publicar este distinguido académico en aquel semanario. En dichos fragmentos se refleja como en un espejo el buen gusto literario de su autor. Algo mas que buen gusto literario, lo cual ya es mucho, sino una musa verdaderamente inspirada, suma

valentía en las imágenes y en los pensamientos, y versos fáciles y robustos, como convenia al asunto del poema, todo esto hay que reconocer y que aplaudir en el *Cerco de Zamora*, del señor barón de Bigüezal, una de las composiciones que le han dado mayor reputación. Escribió este poema para concurrir á uno de los certámenes literarios, abiertos por la *Academia española* en aquella época (del 32 al 36), y á pesar de haberse presentado varios competidores, aquella corporación adjudicó el primer premio al poema del joven poeta, á quien admitió en su seno algunos años después. Obtuvo el segundo premio el señor don Fernando Corradi. — En la *Historia de las treinta y seis medallas de la Real Academia Española* trataré con el debido detenimiento de esta notable composición y de algunas otras del mismo autor.

El que ha dicho que los hijos de Apolo deberían ser pobres, ha dicho una gran verdad. El conde de Guendulain es uno de los ejemplos más patentes de que las musas están reñidas con los descendientes de Crespo. Hace muchísimos años que no he visto ninguna nueva composición, ni trabajo alguno literario del autor del *Cerco de Zamora*. ¿En qué consiste este largo silencio? En que mientras el señor conde de Guendulain esta recorriendo sus hermosas haciendas, y cuidando de sus pingües bienes, en el antiguo reino de Navarra, no puede consagrarse en cuerpo y alma á sus antiguas tareas. Si no tuviese pues estos cuidados y estas importantes ocupaciones, emplearía algunas horas del día en dar culto á las musas, y sería en provecho de las letras españolas. Una esperanza nos queda, y es que quizás esté escribiendo algún poema, algún drama, ó cualquier otro trabajo literario, para lanzarlo el día menos pensado á la publicidad...; quizás por esto mismo habrá escogido, como principal residencia, sus tranquilos y hermosos valles de Navarra, para meditar, y escribir allí, exclamando con Fray Luis de León:

¡Qué descansada vida

La del que huye el mundanal ruido,

Y sigue la escondida

Senda por donde han ido

Los pocos sabios que en el mundo han sido!

El señor conde de Guendulain ha sido ministro de Fomento en el último gabinete presidido por el señor Isturiz; es senador del reino, caballero gran cruz de la orden de Carlos III y gentil hombre de cámara con ejercicio.

#### IV.

Todos los ramos del saber estaban representados en la *Academia española*, en la primera mitad del presente siglo, por individuos que poseían conocimientos especiales en cada uno de aquellos. Representantes de las ciencias teológicas eran los difuntos doctores Cabo-Reluz, Gallego y Lopez Cepero; representaba las ciencias exactas, físicas y naturales el distinguido ingeniero de caminos, canales y puertos, don Jerónimo del Campo; la filosofía, el derecho, la administración y la economía política tenían en el seno de la *Academia* personas tan competentes en estas materias como los señores Martínez de la Rosa, Castillo y Ayensa, Revilla, Gil de Zárate, Escosura (don Jerónimo), Tapia, Donoso Cortés y Baralt. Los estudios históricos tienen actualmente cultivadores ilustres en los académicos de número Pidal y Ferrer del Rio; la crítica tiene sus legítimos representantes en los señores Duran, Fernandez Guerra, Cueto, Cañete, Valera y algunos otros. Hartzenbusch, Vega, Breton, Rubi, Tamayo y García Gutierrez, como autores dramáticos, el duque de Rivas, Pezuela, Campoamor y el marqués de Molins, como poetas líricos, Escosura, como novelista y en otros conceptos, Pacheco, Galiano, Gonzalez Brabo y Nocedal, como oradores, Monlau y Catalina, como concedores de las lenguas sabias, todos estos literatos insignes, ya individualmente, ya reunidos en las sesiones ordinarias que se verifican todos los jueves del año (á excepcion de dos meses de vacaciones), prestan un gran servicio á las ciencias, á las letras y á las artes con la formación del *Diccionario de la lengua castellana*, que publica cada ocho ó diez años el primer cuerpo literario de la nación.

Hace mucho tiempo que las ciencias médicas tienen en la *real Academia española* un representante tan distinguido como autorizado, en la persona del excelentísimo señor don Mateo Seoane. Doctor en medicina y antiguo catedrático de la universidad de Salamanca, el señor Seoane ejerce hoy su profesion con el mismo entusiasmo y la misma actividad que en los primeros años de su carrera: testigo su brillante y numerosa clientela. Sus servicios en los diferentes ramos de la administración son bien conocidos, y sus nombramientos, de *vocal de la junta general de Beneficencia*, de la *Consultiva de aduanas y aranceles*, no pudieron menos de ser muy aplaudidos: es lastima que no siga desempeñando esos dos cargos. Es en el día *presidente* de la primera seccion del *Consejo de Sanidad del reino*, individuo de la *Comision de Epidemias*, *presidente* de la tercera seccion de la *real Academia de Ciencias exactas, físicas, y naturales*, y *presidente* además de la cuarta seccion del *real Consejo de Instruccion pública*. Su nombre es conocido y respetado en el extranjero: la *Sociedad médica de Londres* le nombró su *socio* hace muchos años, y la *Academia de Medicina* de Paris, individuo *corresponsal*. Ha sido además *presidente* de la *Sociedad económica matri-*

*tense*; es caballero gran cruz de la orden americana de Isabel la Católica, y comendador de número de la de Carlos III.

Débenle á la incansable laboriosidad del señor Seoane una multitud de *Memorias*, *discursos*, y otros opúsculos científicos, todos muy notables, de suma utilidad y de verdadera importancia. Generalmente esta clase de trabajos de cortas dimensiones no suelen ser estimados suficientemente, y sin embargo son á veces de grandísima utilidad para las ciencias y las letras, y no pocas de tanta ó mas importancia que una obra voluminosa. Esa infinidad de artículos científicos, literarios y artísticos, que ven la luz del día en los periódicos y en las revistas; las tesis ó discursos que se leen en las Academias y Universidades del reino; las lecciones que se pronuncian en el *Ateneo* de Madrid, ó en los liceos, academias y sociedades de las provincias de España; las memorias que se publican casi diariamente, acerca de alguna de las varias cuestiones que se agitan en la actualidad en la culta Europa, cuestiones todas de grandísima importancia, y muchas de interés vital para España, no solo en lo tocante á la política, al derecho, á la economía política, etc., etc., asuntos *magños*, que absorben la atención de los filósofos del siglo XIX, sino tambien en todo aquello que se roza directa ó indirectamente con los adelantos de la agricultura, de la industria y del comercio, fuente principal de la riqueza y prosperidad de las naciones; — todos estos trabajos, iba diciendo, de cortas dimensiones, modestos hasta la exageración, como que muchas veces aparecen sin el nombre del autor, no suelen ser generalmente apreciados como debieran, ni se les da la importancia que merecen, lo cual consiste en que si son artículos de periódicos, suelen pasar inadvertidos, si son discursos nadie los suele oír (fijándose la atención en cualquiera otra cosa), y si son memorias ó otros pequeños opúsculos, á veces de diez ó doce páginas, nadie se para á examinar una obra tan diminuta, y la memoria ó el opúsculo suele ir á parar al cesto. Sucede con los libros lo mismo que con las personas. *Habent sua fata*... Me inclino á creer que los cortos trabajos que debemos al talento, á la vasta instruccion y á la conocida laboriosidad del señor Seoane, han corrido mejor suerte que la que suelen tener publicaciones de esa clase. Ojalá sirva esta honrosa excepcion para que el señor Seoane se decida á enriquecer la medicina con alguna obra de grandes dimensiones. El excelente *Diccionario español-inglés ó inglés-español*, que publicó en Londres, durante su larga emigración á causa de los sucesos políticos de España de 1820 al 23, es uno de los mejores trabajos que se han llevado á cabo en este género, y que han valido á su autor una merecida reputación, lo mismo en España que en el extranjero.

CARLOS DE OCHOA.

### El trabajo.

No siempre son justamente apreciados los deberes que al hombre impone la religion y la sociedad. Existen respecto de algunos ciertas preocupaciones nutridas por el orgullo y sancionadas por la ignorancia, que importa mucho desterrar, presentando aquellos en su verdadera faz y quitando á estas la máscara que les cubre, á fin de deslindar lo que hay de verdadero ó falso respecto de unas cosas que afectan más de lo que á primera vista parece á los destinos del hombre. Entre estos deberes, la ley del trabajo es una de las más esenciales bajo todos conceptos, y sin embargo la desconocen lastimosamente muchos, ó no la dan la importancia que se merece, porque en las ideas superficiales de la educación se ha llegado á mirar como una cosa secundaria y de un orden inferior, siendo por el contrario una de las primeras condiciones de la vida moral y social de los pueblos.

Considerando al trabajo bajo las dos fases que presenta, es un deber religioso y condicion universal que comprende á todos los hombres, puesto que es un mandato de Dios, es una necesidad que afecta al bienestar general como elemento de prosperidad y salvaguardia, y correctivo contra los excesos que trastornan el orden público.

Es una verdad que Dios, tan luego como el primer hombre se rebeló contra su majestad y traspasó los preceptos que le impusiera, le hizo una obligación, una necesidad de trabajar toda su vida en justo castigo de su culpa, según lo vemos en las primeras páginas de la Biblia, area santa de todas nuestras creencias. Siendo pues todos los humanos hijos de aquel Padre prevaricador, todos nacen condenados al trabajo para evitar en sí mismos los efectos de su propia debilidad, en virtud de una ocupación preservativa del crimen. Rehuser pues este yugo, desconocer esta ley, dispensarse de esta obligación, equivaldría á ponerse en abierta lucha con la Divinidad, no reconociendo su dominio, no inclinándose su frente á sus eternos mandatos.

Pero por más que el hombre intente desentenderse de un deber que donde quiera lleva consigo, y á despecho de su rebeldía, ese deber sobreexistirá á todas las preocupaciones de la vanidad, del orgullo, de la molición y del abandono: y ni el rico será en esta parte más privilegiado que el pobre, ni habrá persona, por independiente que aparezca, sobre la cual deje de pesar aquel anatema lanzado por Dios en el Paraíso: *In sudore vultus tui vesceris panem*. Ciertamente que no todos amasaran con el sudor de sus frentes el pan con que se alimentan;

pero no por eso los más favorecidos por la suerte habrán de vegetar en una muelle ociosidad, pues hay trabajos proporcionados á todas las condiciones humanas, hay ocupaciones relativas á todos los gremios de la sociedad; ninguna hay que no sienta gravitar sobre su cuello ese pesado yugo común á todos los hijos de Adán. Desde el que lleva corona en sus sienas hasta el que habita en humilde cabaña, lo mismo el que se sienta sobre un trono resplandeciente que el que se arrastra humilde entre el polvo, á todos indistintamente alcanza la maldición; puesto que á todos es general la ley de la justicia divina.

¿Y qué otra cosa hacen un sinnúmero de personas, que no parecen vivir en el mundo sino para recibir unos el tributo del trabajo ajeno, para explotar en provecho propio el sudor de sus semejantes, sin ocuparse jamás en cosa alguna útil, sino en combinar los medios de utilizarse lo mejor posible de los sacrificios y privaciones del infatigable labrador, del laborioso artista, etc., cual si su único objeto en la tierra fuese el gozar en la inacción de las delicias y comodidades del mundo? ¿Y qué otra cosa practica el que sin tener motivo alguno que se lo impida, lleno de vigor y de salud, abandona los afanes del trabajo para seguir sin remordimiento la carrera de los vicios, corrompiendo todos los vínculos de la moral y preparando para su porvenir los más tenebrosos abismos?

Si los libros sagrados merecen nuestro respeto y veneración, si cada una de las verdades consignadas en sus páginas inmortales deben ser la regla que pauten nuestras acciones, en ellos debemos admirar que el mismo Dios con su adorable providencia representa la más alta expresión del trabajo, puesto que siempre está en acción cuidando incesantemente del mundo, dirigiendo los destinos humanos y derramando sus dones, la vida y el ser sobre todo cuanto existe.

Es indudable que el trabajo es un eficazísimo antídoto contra los desórdenes de las pasiones y contra los estímulos del vicio, y que bajo este concepto es también un medio de ocurrir á la satisfacción de las comunes necesidades y á la prosperidad individual y general, como elemento conservador de los pueblos, en cuanto contribuye poderosamente á fomentar en ellas las buenas costumbres y á disminuir los efectos del vicio y de la inmoralidad.

Sabido es que así como la laboriosidad es el origen de la riqueza pública, la fuente de la prosperidad, el baluarte de la soberanía de los pueblos, puesto que con el trabajo se aumentan los capitales, se fomenta la industria, progresa la agricultura, toma incremento el comercio, extiende sus alas el genio; por el contrario, la ociosidad enerva la acción de todos estos resortes de público bienestar, paraliza el movimiento, y acarrea, como consecuencias inevitables, la pobreza de los obreros, el retiro de los capitales, la escasez del numerario y la carestía de los artículos de consumo. El trabajo pues es el termómetro que marca la alza ó baja de la fortuna pública: siendo evidente que la mayor ó menor prosperidad de un país bajo su aspecto material esta en relación directa del mayor ó menor impulso dado á ese elemento de riqueza.

Pero si tan necesario é indispensable es por lo que respecta á este punto, no lo es menos y si mucho más, considerada la influencia del trabajo en el bienestar moral de las sociedades. Bajo este prisma, debemos decir que no hay estado ni profesion en que la ociosidad no sea un crimen, y que por lo tanto todos los individuos en su respectiva esfera tienen un deber gravísimo que cumplir, procurando concurrir con su parte de trabajo á mantener el orden, la armonía y el equilibrio del cuerpo social, de que son miembros, y de aquí resulta, como corolario forzoso y condicion vital, la necesidad de aplicarse desde luego todos al exacto desempeño de las funciones que están llamados á ejercer en su estado, condicion, empleo y conocimientos.

Más para llenar esos fines sociales en justa veneración á un mandato divino, como ley prescrita á la humanidad desde los albores de la creación, ¿cómo podrá adquirir los conocimientos necesarios el hombre disipado que pasa en una criminal ociosidad la vida de que es deudor á su patria, el joven que malgasta el tiempo que bien ocupado pudiera enriquecer su inteligencia para ser un día útil á sus conciudadanos y al pueblo que recibió los primeros vagidos de su existencia, el hombre que se abandona á la ociosidad confiado solo en la abundancia y riqueza de nuestro país y en la generosidad de sus semejantes? En estos casos y otros muchos que omitimos, la ociosidad sin dejar de ser un crimen, se convierte en un elemento de desorden y trastorno social cuyos resultados son difíciles de prever, en un cáncer cuya corrupción y símbolos de muerte se extiende á todos los miembros del gran cuerpo, porque la ociosidad, así como las epidemias que son el azote del género humano, se desarrolla también por el contagio, haciendo resentir la moral en sus más sólidos fundamentos. En tales casos las costumbres adquieren una corrupción funesta, el vicio no reconoce freno, las pasiones se desbordan, se desencadena la venalidad y las venganzas, la injusticia triunfa, y la maldad se enseña bajo los dorados artesones que fué elevando la ambición: no hay diques capaces de contener ese torrente devastador que haciendo faltar el equilibrio á las naciones, les prepara grandes calamidades públicas, convirtiéndolas en un ferreo despotismo ó en una desenfrenada anarquía que las lleva á la confusión, de la confusión al desorden, del desorden al caos más espantoso. — R. R.

(Del *Diario del Comercio* de la Guaira).



Inauguración del monumento milenario en Novgorod (Rusia).

de estupor á vista de las facciones que la blanca claridad de la luna acababa de iluminar.

— ¡Angela! exclamó, ¡la reina del canto, la gloria de la Italia!... ¡A Dios no plazca que una vida tan preciosa corra algun peligro entre los humildes admiradores de su divino talento! Nosotros nos retiramos, señora, continuó haciendo un gesto imperativo á sus dos compañeros, que parecían participar de su sorpresa y respeto. Pero permitidme os dé un consejo. Teneis un enemigo del que es necesario defenderos, porque si halla quizá agentes menos escrupulosos que nosotros y que puedan preferir una bolsa bien repleta á la dicha de conservar una existencia como la vuestra, no dudeis que vuestra muerte será cierta.

Angela, sin conmoverse por el peligro que habia corrido, sacó de su dedo un anillo de un valor considerable y le ofreció al generoso admirador de su talento para indemnizarle de la pérdida que consentía en hacer de la recompensa prometida, y se obligó por un juramento solemne á guardar esta aventura secreta.

No lo hicieron así sus criados, y al otro día no se hablaba de otra cosa sino de esta singular ocurrencia. Si alguien sospechó que la Carina fuese el móvil oculto de esta infame astucia, no fueron otros que Lugano y Angela; porque la señora Puzini hizo en esta ocasion tales demostraciones de simpatía en favor de su rival, que su celo atrajo hasta cierto punto la benevolencia pública.

De esta manera se hallaba turbada la existencia de Angela en los dos únicos goces que habia venido á pedir al mundo; pero no experimentaba mas que el destino comun á la humanidad, y el orden que la habia cabido en la distribucion de las penas y sufrimientos de la vida, era el de quedar reconocida á la bondad providencial que la habia colmado de sus liberalidades.

En vano Lugano suplicó á su preciosa cantatriz que no se sirviese de ninguno de los refrescos que pudieran presentarla en el teatro, porque los célebres venenos que representaron un papel tan trágico en el último siglo se vendian en todas las tiendas de Florencia, en donde el arte de combinar sus terribles efectos habia sido llevado mas á la perfeccion que en ninguna otra parte del mundo. El veneno sutil que mataba con la rapidez del rayo, ó el que no manifestaba su efecto sino despues de un tiempo dado, se presentaba bajo todas las formas: se ocultaba bajo las hojas de una rosa, se volatilizaba en el perfume de un ramillete ó en el olor de los guantes, y nadie estaba al abrigo de sus pérdidas alcances; el sello de una carta llevaba tan fijamente la muerte á un enemigo, como si su veneno hubiese sido contenido en la copa de un festin.

Peró Angela, llorando sobre las culpables tentativas de que era objeto, no admitió ó se hizo sorda á los temores que se esforzaban en inculcarla, y el conde Zamparella reconoció por ciertos indicios que no podian escaparse á su incansable atencion, que la marquesa meditaba un nuevo cambio en su posicion y quizá en su estancia en Florencia. Ludovico no pudo soportar la idea de ver el fruto de sus cuidados y muchos meses de constancia escapar así de la destreza de una seduccion tan perfectamente combinada con la fuerza. ¿El mas audaz y fino galán de Florencia pudiera, en efecto, terminar por un hecho tan esplendente la lucha que habia empeñado á la faz del sol entre el orgullo de sus pasiones y la inocencia de Angela?

El conde, que habia visto frustrarse uno tras otro todos los medios que sus prendas personales y su pérdida experiéncia ponian á su disposicion, habia esperado que el tiempo y el amor de Angela produjeran el resultado deseado con tanta impaciencia; pero los proyectos de marcha que creia haber descubierto le arrebatában su última esperanza, y Ludovico reconoció la necesidad de emplear los supremos recursos de una pasion tal como la suya, es decir, la astucia y la violencia si fuese indispensable. En su consecuencia prodigó el oro y corrompió facilmente la fidelidad de una camarista de la marquesa, la que le introdujo secretamente, durante la noche, en un gabinete vecino al cuarto de Angela.

Esto sucedió en el momento en que la jóven prima donna volvía del teatro oprimida de fatiga. Dejó un vestido en un gabinetito en donde sus doncellas los acomodaban (siguiendo la expresion entonces en uso) por la noche; y se retiró sola á su cuarto, en el que nadie penetraba ya bajo ningun pretexto hasta la mañana.

Ludovico desde el escondrijo en que estaba, la vió vestida con un vestido de muselina, abrir y cerrar su puerta; aguardó aun algunos minutos á fin de que los primeros gritos de sorpresa no pudieran ser oidos de los criados que vagaban aun en las dependencias vecinas; y cuando el silencio mas profundo se hubo restablecido en el palacio y en el cuarto de Angela, Ludovico con el corazón palpitante de deseo y temor, salió suavemente del escondite. Al claro resplandor de una lámpara que humeaba en una esfera de alabastro, se avanzó el temerario jóven hacia el lecho, levantó las cortinas, si bien con una profunda sorpresa, y reconoció que el lecho habia sido deshecho y como removido por el peso que le era ordinario, mas estaba vacío.

Las miradas de Ludovico buscaron avidamente la salida que habia favorecido la retirada de Angela; pero á excepcion del gabinete en que habia estado él, no habia otra comunicacion con las dependencias vecinas que la puerta que estaba cerrada por dentro con un cerrojo. Esta huida explicó evidentemente un misterio; Ludovico creyó hallar la explicacion de la resistencia invencible que su amante oponia á sus tentativas, y el amor del príncipe le vino de nuevo á la memoria. El conde, presa de la vergüenza y los celos, era á la par juguete de

una astucia admirablemente urdida, y como él no se atrevía á atravesar las habitaciones del palacio por miedo de dar en las manos del guardian, que durante la noche vigilaba por la seguridad de la habitacion, temia ser condenado á pasar el resto de la noche en la ridicula posicion en que su audaz empresa le habia puesto; pero reflexionó que la salida secreta que habia dado pasó á la marquesa podia igualmente favorecer su huida, y reconoció las pinturas de todos los paños que guardaban el cuarto.

Por largo tiempo fueron inútiles sus pesquisas; mas por fin el borde de un gran espejo de Venecia cedió á la presion de su brazo, y apretando en él ofreció la entrada á una pieza estrecha cuyas paredes estaban desnudas, y en la que no habia otra abertura que una pequeña ventana colocada á una distancia á la que la extension del brazo no podia llegar. Ludovico reconoció á la sola claridad de la luna, cuyos rayos penetraban libremente á través de la ventana desprovista de cortinas, un mueble semejante á los de las celdas de los conventos, en que rige la mas estrecha severidad: una silla grosera colocada ante un crucifijo de madera y una especie de cofre largo, cuya tapa estaba unida á la pared. El conde se aproximó á esta caja; un frio de espanto mezclado de respeto corrió por todos sus miembros cuando reconoció en esta cama digna del cenobita mas ferviente á Angela, la reina de la hermosura, la maravilla de las artes, vestida con el habito de las monjas, que dormia el sueño pacífico de la inocencia.

El conde levantó los ojos al cielo como para implorar el perdon de la infame tentativa que profanaba tanta virtud y se retiró con silencio, cerró el paño del espejo que separaba á Angela del mundo, y saltó con gran riesgo por la ventana del gabinete que le habia servido de asilo, con el fin de no dejar ninguna señal de su presencia en el palacio de la marquesa; esta ventana daba á un jardin cuyas paredes poco elevadas no podian ser obstáculo á la salida de un hombre tan ágil como Ludovico.

El jóven, confuso y arrepentido, volvió á su casa en una disposicion mental bien diferente de como la dejó; el sueño interrumpió las reflexiones en que se abismaban sus pensamientos concernientes al amor de Angela, sus triunfos en las artes, la angelical piedad y la misteriosa devocion que parecian unirse tan poco con el esplendor y homenajes de que se veia rodeada la brillante marquesa.

El sueño de Ludovico, que empezaria naturalmente muy tarde, se prolongó hasta mucho mas de la madrugada. Cuando su ayuda de cámara creyó hora de presentarse ante él, le entregó una carta que habia sido enviada por un propio del convento de Maviello, añadiendo tambien que corria prisa. La letra, sin embargo, no era de la hermana del conde. Ludovico, resistiendo el vago presentimiento de una desgracia, rompió temblando la oblea de aquella misiva y leyó lo que sigue:

« Mi prueba está terminada; yo vuelvo á Dios á quien solo he pertenecido. Hace algunos meses, no tenia que ofrecerle mas que un corazón que se ignoraba á si mismo, que no conocia nada de las alegrías y vanidades del mundo y que se daba por consecuente sin pesar ni sacrificio. Esta ofrenda no era digna del cariño que en mí se albergaba. He querido conocer la dicha que dan el poder, la fortuna, la gloria y el amor. Si yo os he elegido entre todos los hombres para confiaros mis afecciones, porque vos me habeis parecido el mas seductor entre ellos, es porque me sentia unida hacia vos por una inclinacion á la que he debido las mas dulces sensaciones de mi vida; es porque en fin estoy bien segura que vuestra ligereza natural os consolara fácilmente de mi abandono.

» Perdonadme, amigo mio, y no conserveis mas que una dulce memoria de mi paso sobre la tierra. En ella dejo ya un pesar. Pero el homenaje de un corazón herido agrada al Señor, y yo quiero tener que ofrecerle dolores mas fuertes, votos aun menos libres que los míos de las cosas de este mundo.

» He obtenido que el tiempo de mis últimas pruebas me fuese contado por la duracion de mi noviciado, que concluyó ayer. Tomo el velo hoy; orad por mí esta mañana y rogare por vos el resto de mi vida.

En el momento en que Ludovico, inmóvil de sorpresa y consternacion, dejaba escapar aquella carta de sus manos, Lugano, que no habia vuelto al palacio de Zamparella desde la primera fiesta de la marquesa, hizo escuchar su voz en el vestibulo, y un instante despues estaba en presencia del conde.

— Perdonadme, exclamó él, si atropello la consigna de vuestros criados, que no querian dejarme penetrar cerca de vos. Pero tengo que deciros cosas de la mayor importancia.

— Entonces, respondió Ludovico con un aire sombrío, trocaremos nuestras noticias; pero hablemos sin preámbulo, deseo saberlas.

— Angela no esta en su habitacion, y es cierto que ha salido antes de amanecer. Sus criados y yo la buscamos por todas partes, y por lo que me toca, estoy en una temible inquietud porque la señora Puzini ha dejado á Florencia ayer por la tarde, y temo que esta repentina marcha haya sido precedida de algun terrible atentado contra los días de Angela. Lo que me hace creerlo es una línea escrita sobre un pequeño paquete que me ha sido remitido esta mañana por un expreso que le recibiera de una persona desconocida. Héle aquí.

En este paquete dice: « Haced tomar al instante estos polvos á la marquesa de V. » El papel contenia en efecto un polvo blanco que he hecho analizar por un

sabio boticario, y ha sido reconocido por el antidoto ordinario de un veneno lento, pero seguro. Y por lo que recuerdo, esta letra es de la camarista de la Puzini.

— Angela está envenenada, continuó Lugano golpeándose el pecho, y su matadora ha puesto el colmo á su perversidad encerrándola en algun retiro lejos de todo socorro.

— En cuanto á este último temor, repitió Ludovico que se vestia con prontitud y sin los adornos de costumbre, soy feliz de poder hacerle cesar. Leed esto, añadió dando á Lugano la carta de la marquesa.

Mientras que el empresario estaba absorto en su lectura, el conde pidió sus caballos, y un instante despues los dos jóvenes galopaban en compañía en la direccion de Maviello. A cada paso encontraban en el camino grupos de señoras y caballeros que iban con presteza al convento, en donde una carta-circular los habia llamado. Ludovico evitó sus conversaciones y la comun expresion de su admiracion estimulando la viveza de su caballo, que bien pronto acabó su carrera. Pero á pesar de la diligencia que manifestó, así como Lugano, la ceremonia habia comenzado ya cuando llegaron. Lugano, que no pensaba mas que en el contraveneno, pidió inútilmente ver á la novicia, la que no debia dejar el confesionario sino para pasar al altar. Tambien fué en vano pedir audiencia para la superiora. Lo que pudo obtener de uno de los dependientes de la iglesia fué llevar el paquete á la abadesa, recomendándola hacer tomar á la novicia los polvos contenidos en el papel al primer indicio de enfermedad que experimentara sor Angela.

Algunos instantes despues apareció la desposada seguida de una larga é imponente procesion de monjas y de altos dignatarios del clero, revestidos con sus hábitos sacerdotales. Estaba deslumbradora con sus adornos y gracias, pero el encarnado de su tez se habia transformado en una palidez que la emocion, inseparable de aquella ceremonia, justificaba bastante. Lugano creyó observar muchas veces que la novicia vacilaba al andar, y sus ojos, anegados en lágrimas, se tornaban entonces hacia la abadesa, que estaba impenetrable durante todo el servicio. Los concurrentes, temblorosos, vieron caer la magnífica cabellera que habian admirado tantas veces, todos los corazones se inundaron de dolor cuando el grueso sayal robó para siempre las formas encantadoras de la jóven reclusa, y la bóveda del edificio retumbó con los sollozos de toda la asamblea, cuando el sudario se bajó para cubrir á la monja postrada sobre las gradas del coro.

Una voz lúgubre entonó el *De profundis*, que fué cantado á canto llano hasta el último versículo, y el obispo oficiante echó la absolucion como si la sabana hubiese realmente cubierto un ataúd.

Cuando se levantó el paño fúnebre, el cuerpo de la religiosa apareció en la inmovilidad de la muerte. Gritos de espanto retumblaron en el coro y en la nave, mientras que se procuraba hacer volver en sí á la hermana inanimada; pero todos los socorros del arte fueron inútiles. La profunda sensacion que habia experimentado, habia sin duda precipitado los efectos del veneno que minaba su existencia, y la santa recibia ya en el cielo la recompensa de su heroico sacrificio.

Lugano dejó á Florencia el mismo día dando todos los indicios de una enajenacion mental, y no se volvió á saber mas de él.

El conde Zamparella, desterrado de la corte del gran duque, pasó á Francia, y al cabo de algunos meses se dijo que habia sido muerto en un desafío por un artista italiano, cuyo nombre no se supo.

E. DE LA M.

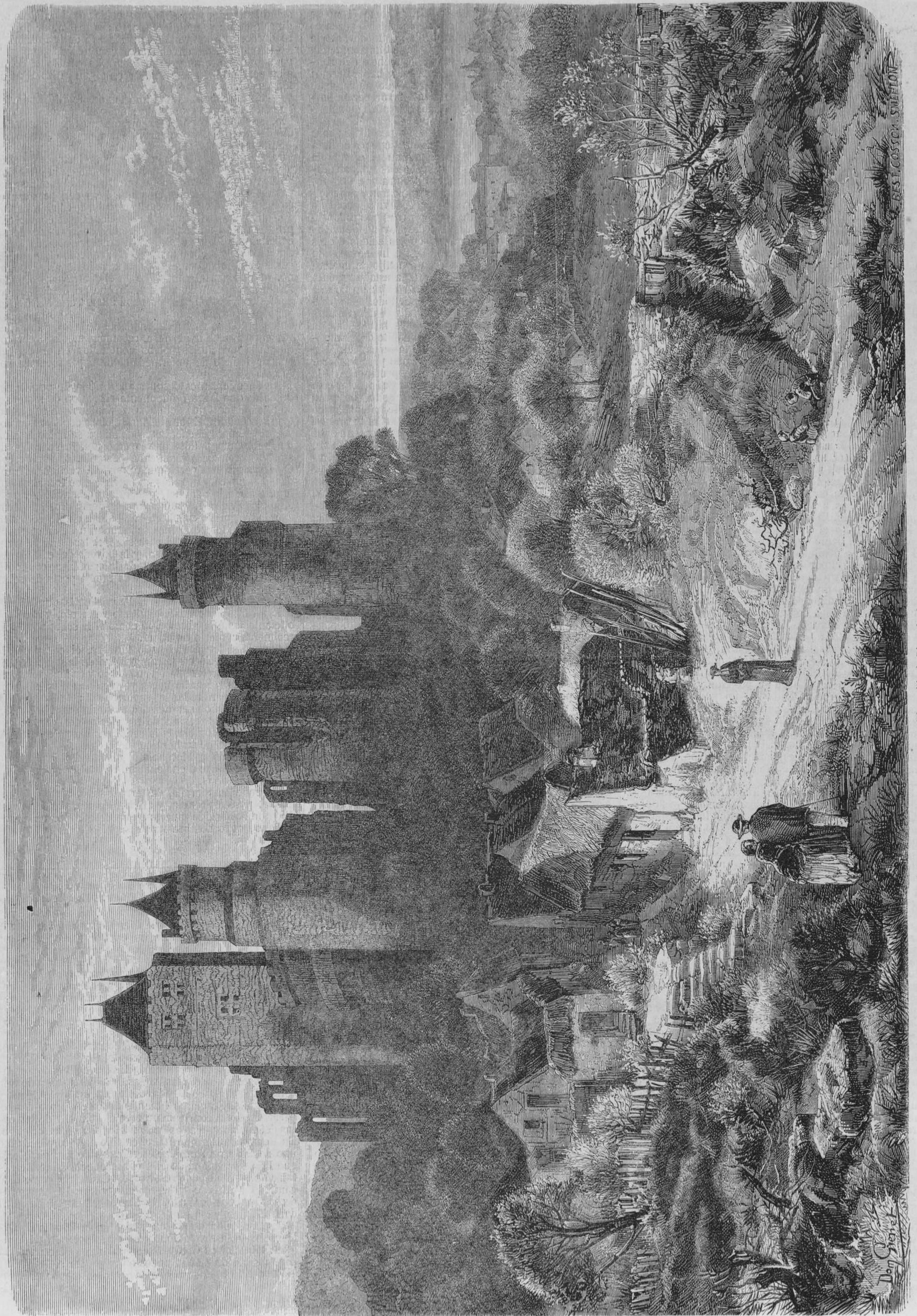
### El castillo de Pierrefonds.

Las ruinas del castillo de Pierrefonds, situadas en el territorio de la residencia imperial de Compiègne, son objeto en el día de una importante restauracion ejecutada en virtud de órdenes del emperador. En el momento en que la yedra y las malezas desaparecen, y cada torre se vuelve á cubrir de nuevas construcciones, parecemos oportuno indicar en breves palabras cuáles fueron las vicisitudes de ese gigante que se alza sobre su base de granito como el espectro de una grande y formidable época.

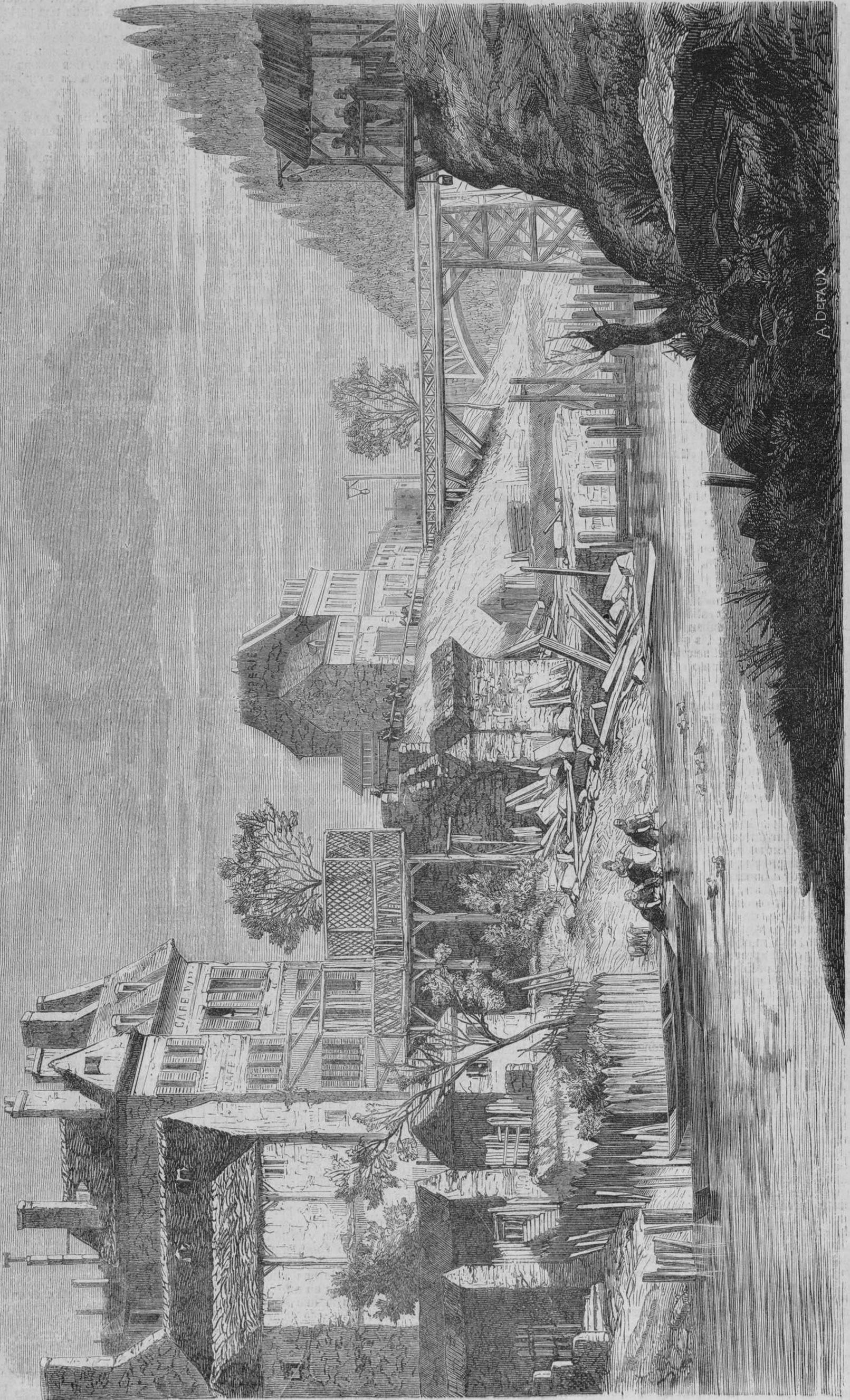
El castillo de Pierrefonds fué construido en 1390 por el duque de Orleans, hermano del rey Carlos VI. Las crónicas dicen que era una de las maravillas de entonces; fué entregado á las llamas, y luego restaurado á la conclusion de la contienda de los duques de Orleans y de Borgoña. Francisco I mandó hacer en él grandes reparaciones y reconstruir un crecido número de las casas del pueblo que se extendian á los piés de la fortaleza. En tiempo de Enrique III, el castillo de Pierrefonds fué uno de los mas formidables refugios de la liga. Enrique IV se posesionó de él á consecuencia de una capitulacion, pero no pudo resolverse á destruirle, como hizo con los edificios de las cercanías, y Luis III, mas prudente ó menos confiado, le hizo demantelar en abril de 1617.

Esta posesion quedó en poder de la familia de Orleans hasta la revolucion, y en esta época un tal Longuet, labrador en Crepy, le compró como bien nacional por la suma de 8,100 francos en asignados.

El castillo pasó entonces de mano en mano; mas por fortuna, la solidez de la construccion preservó á las ruinas de una demolicion completa.



El castillo de Pierrefonds.



A. DEFAUX

El antiguo puente de Charenton demolido.

En 1813 el Estado le adquirió para colocarlo en el número de los monumentos históricos.

El emperador ha querido que Pierrefonds ocupe el primer puesto entre los recuerdos históricos del país, y le ha dado un destino especial. Dentro de esos muros que han presenciado tantos hechos heroicos de otros siglos, se abre vastas y magnificas galerías, y en ellas van a reunirse, bajo la denominación de *Museo galo*, los preciosos restos de la época galo-romana y de los tiempos los mas remotos de las Galias.

En una de las salas de armas se colocarán las ricas y curiosas armaduras de la colección del príncipe Sollikoff, compradas recientemente por Su Majestad.

J. G.

### El antiguo puente de Charenton.

El antiguo puente de Charenton que acaba de ser demolido, era seguramente uno de los mas antiguos de Paris, puesto que le quemaron los normandos en 865. Enrique IV tampoco le tuvo mayores consideraciones cuando el sitio de Paris, cantado por Voltaire. La posesión del puente de Charenton era de la mayor importancia en caso de guerra, y así sucedía que ese paso era disputado ardientemente en las discordias civiles. En 1814 fué defendido con valor por los alumnos de la escuela de Alfort. El puente demolido se reconstruyó en 1714, y será reemplazado por un nuevo puente de piedra, cuyas obras estarán terminadas dentro de poco tiempo.

C.

### Historia de dos diamantes.

Hace algunos años andaba por las calles de Astrakan, y es muy posible que ande todavía, una muchacha, como de diez y ocho a veinte años, de tez morena, de ojos rasgados y de cabellos negros como la noche. No sé decirlos, lectores, si es guapa ó fea; la hermosura de la mujer se hace problemática en la miseria y el vicio, y la muchacha de que tratamos, vive en el vicio y en la miseria.

Tampoco puedo aseguraros, si al verla pasar junto á vosotros, experimentarais un sentimiento de compasión ó repugnancia; pues si sus vestidos andrajosos y su miserable existencia os inclinaban á compadecer tanta desgracia, las huellas profundas que una vida de disolución han impreso en aquel semblante, os inspirarían un desprecio infinito hacia tanto envilecimiento en tan breves años.

Pero, ora compadeciésteis á la muchacha, ora la mirásteis con horror, es lo cierto que nunca llegaríais á comprender que aquella infeliz está en cierto modo ligada al mas precioso tesoro de la corona imperial de Rusia, y que su vida abyecta y miserable es, digámoslo así, la gran catástrofe de una tragedia de las mas horribles; un ejemplo viviente de que en este mundo hay alguna justicia superior á la iniquidad de los hombres, porque en efecto, quien á hierro mata, rara vez deja de morir á hierro.

Aunque el principio de este artículo parece prometerlo, no voy á narrar un cuento de amores; voy a escribir una historia; pero no la historia de la Traviata de Astrakan, ni de ningún personaje mas ó menos célebre; nada de eso: voy a hacer la biografía del *Sol de la mar*, la *Luna de las montañas*, los diamantes mas gruesos de cuantos adornan la corona imperial de Alejandro II, los mas gruesos tambien de cuantos hay en toda la redondez de la tierra; yo voy á limitar mi biografía á unos apuntes: otro, con mas fecunda imaginación ó mas desocupado, podrá aprovecharlos para hacer una novela: la trama está urdida y los episodios no pueden ser mas dramáticos.

Nadyr-Shah, sofí de Persia, no gobernaba á su pueblo de la manera mas conveniente para que su pueblo le estuviese agradecido: indolente por naturaleza, licencioso por costumbre y por carácter, amaba el lujo y los placeres, y odiaba de todo corazón las sagradas obligaciones que su elevado rango le imponía. A los espinosos asuntos del Estado, prefiere siempre las incitantes caricias de sus concubinas, en cuyos brazos descansaba muellemente horas y horas, como si no tuviese pueblo que regir ni intereses de que cuidar. Por espacio de algunos años, sus súbditos transigieron de buen grado con sus debilidades, y esperando que amaneciese el gran día de la regeneración, doblaban respetuosos la rodilla en presencia de su sofí, y con la frente hundida en el polvo, le rogaban que aceptase los pingües tributos que su régia magnificencia reclamaba dos, tres y hasta cuatro veces cada año. Aquel pueblo, digno de mejor suerte, sufría con paciencia heroica que su querido sofí, en un arranque de mal humor, que solía tenerlo siempre que carecía de dinero, talase sus mieses, dispersara sus rebaños y robase sus mujeres y sus hijos, todo por supuesto, á buena cuenta de los tributos que aun le quedaban por imponer, y que por lo tanto no habia percibido.

Una mañana el mal inspirado Nadyr observó no sé qué faltas de servicio en el hermano de un afghan, y sin forma alguna de proceso le mandó cortar la cabeza. Esta manera especialísima de corregir las faltas de los súbditos, indignó tanto al afghan, que juró sobre el cadáver de su hermano tomar venganza de su muerte. Recorrió las calles de la ciudad, buscó los descontentos,

los encontró á millares, exageró los males que les afligian, les reconvinó por su abyección, encendió en su pecho el sacro fuego de la independencia y los nobles sentimientos de la dignidad; los descontentos, regenerados á sus propios ojos, juraron salir del envilecimiento en que habian caído, sacudir el yugo vergonzoso que sobre ellos pesaba, y eligiendo por su jefe al osado y ofendido afghan, se dirigieron á palacio en rebelión abierta, armados de todas armas y prorumpiendo en gritos amenazadores.

La guardia de Nadyr no opuso resistencia á los revoltosos, desde el momento en que estos le ofrecieron parte en el pillaje, y dejó que saquearan á su placer las preciosas riquezas del sofí, quien deseando arrebatarse á la enfurecida soldadesca una de sus mas encantadoras mujeres, recibió una terrible puñalada en el pecho que le privó instantáneamente de la vida.

El enfurecido populacho aseguraba que los desesperados esfuerzos que hizo Nadyr por salvar á aquella desgraciada, no eran hijos del amor, sino del codicioso deseo de conservar dos hermosos diamantes, el *Sol de la mar* y la *Luna de las montañas*, que pendientes del cuello de la favorita, derramaban sus luces sobre su garganta, como una lluvia de fuego. ¿Y quién sabe? Acaso al populacho no le faltaba razón; porque nunca hubo ejemplo de que el amor de Nadyr le arrastrase hasta el sacrificio, y era proverbial entre todos su inagotable codicia.

Repartido el botín de tan gloriosa empresa, tocó al afghan, como era justo, la parte mas lucida, en la que figuraban los dos diamantes, una esmeralda y un rubí de tamaño fabuloso y un zafiro de hermosísimas aguas al que los persas, en su lenguaje hiperbólico, llamaban el *Ojo de Allah*. Pero es el caso que el afghan, tan entendido en matar sofíes, era hombre de muy pocos alcances en materia de piedras preciosas; tuvo sin embargo suficiente precaución para acordarse de que á rey muerto rey puesto, y temiendo fundadamente que el sucesor de Nadyr le exigiese algun día estrecha cuenta del sofí y de los diamantes, emprendió la fuga llevándose consigo las piedras robadas, porque presentía que habian de servirle para endulzar un tanto el pan de la emigración.

No tardó en conocer que semejante lujo no está al alcance de todos, y que puede un hombre poseer muchas piedras preciosas y morir de hambre si no las reduce á dinero. Vivían entonces en Basora tres hermanos llamados Shafras, muy conocidos por su opulenta fortuna, y el afghan se decidió á pedirles el pan que no podía prometerse de sus diamantes; al efecto se presentó en Basora, tomando todo género de precauciones para no ser conocido y delatado; pero inexperto en los negocios mercantiles, pidió por su tesoro de piedras tan módica cantidad, que sorprendió el mayor de los hermanos, le rogó que volviera, pretextando que no tenia fondos para hacer la compra. El afghan creyó que se le tendía una red, y entre el dinero y su vida, no le pareció la elección dudosa, y se puso en salvo.

Algunos años despues este mismo Shafras encontró al vendedor en las calles de Bagdad, y le hizo proposiciones para la adquisición de los diamantes; pero ya pertenecían á un judío, que como todos los de su raza era hombre entendido en toda clase de negocios, y tuvo buen cuidado en no dejarle á otro la régia fortuna con que le brindaba el inexperto afghan. Shafras se precia de conocer á fondo la raza judía, y no dudó un momento de que pagando los diamantes en una cantidad triple de lo que habian costado, sería suya la suerte envidiable que habia dejado escapar por un exceso de mal entendida diplomacia. El judío, sin embargo, era mas lince que el afghan, y tuvo el buen tacto de rechazar terminantemente aquellas proposiciones; pero Shafras no era hombre á quien intimidasen los obstáculos; viendo que no podían vencer la insaciable codicia del judío, ni los ruegos mas tenaces, ni las mas tentadoras promesas, resolvió apelar á un recurso extremo; mas no sintiéndose con valor para echar sobre su conciencia toda la responsabilidad del plan que meditaba, hizo llamar á sus hermanos, les expuso el estado y la importancia del negocio, y despues de muchas deliberaciones y de muchos pareceres, se convino por unanimidad en que el judío era un testarudo que no comprendía sus intereses, puesto que negándose á vender las piedras y habiendo ellos decidido adquirir su propiedad, las perdería gratis, perdiendo al mismo tiempo la vida. Entre este acuerdo y su ejecución no medió mas espacio que el indispensable para clavar un puñal en el pecho de un hombre.

La idea estaba realizada á medias, y decimos á medias, porque si bien del judío no podía ya temerse una delación, la justicia procuraría indagar la causa de su muerte, y el afghan era un testigo demasiado peligroso. En circunstancias críticas, medidas extraordinarias, se dijeron los tres hermanos, y no teniendo por el pronto otro remedio mas eficaz á que recurrir, vieron por experiencia que los muertos no hablan, y decidieron asesinar tambien al afghan; pero no considerándole sino como á parte secundaria en la tragedia que estaban representando, tuvieron á bien darle una muerte mas dulce que al judío, y le envenenaron en un sorbete.

Así como la ley es una red en la que siempre hay suelta una malla por donde la fe pueda zafarse, así el crimen mas bien meditado y mejor conducido deja siempre un cabo suelto, de donde pueda agarrarse la justicia. De los tres hermanos Shafras el mas prudente era el mayor; por criminal que aparezca á nuestros ojos, no debemos negarle esta cualidad que poseía en alto grado. El menor era frívolo, atolondrado, tenía un tan-

to de imprevisor y por consiguiente un mucho de indiscreto; el de enmedio, aunque mas recomendable por su formalidad, tenía una parte débil; amaba con igual pasión las mujeres y el vino, y los que le conocían á fondo aseguraban que llegado el momento de sepultar sus penas en el nacarado seno de una georgiana ó de ceñir á la frente una corona de pampanos, revelaba sus mas íntimos secretos á cualquiera que los quisiese oír, con notable menosprecio de la natural gravedad de su carácter.

El prudente Shafras no dejaba de conocer los graves peligros de que estaban rodeados, las funestas consecuencias que traería consigo la indiscreción mas leve, y la posibilidad inmediata de que alguno de sus hermanos la cometiese. Llegado este caso, la muerte de los tres era punto menos que segura, y aunque á fuerza de oro pudiera cohonestarse la vindicta pública, porque dadas quebrantadas peñas, cuanto mas la cimbrante vara de la justicia, es lo cierto que la curia de todos los países tiene la misma nariz para olfatear el dinero, y sabe seguirle la pista hasta no dejar de él ni siquiera la memoria. Entonces el resultado de todo sería verdaderamente deplorable; sobre las conciencias de los tres hermanos pesarían dos homicidios y un robo; tres crímenes cuyo fruto iría irremisiblemente á parar á manos ajenas.

Shafras se perdía en cavilaciones que trabajaban su espíritu y conmovían su corazón; amaba con demasiada ternura á sus hermanos para no temblar por su suerte. El que venía de un mismo tronco, que se habia alimentado á los mismos pechos, que los habia visto nacer, y que habia cuidado de su infancia con paternal esmero, ¿cómo podría presenciar impasible el horrendo espectáculo de que aquellos objetos de su amor doblaran el cuello bajo el hacha infamante del verdugo, legando á sus hijos un nombre mancillado, ó que á buen compo-ner muriesen unos y otros en la mas desconsolada miseria? Convengamos en que al cariño fraternal no puede ofrecerse espectáculo mas horrible. Shafras resolvió evitar á toda costa cualquiera de estas dos catástrofes, y apeló á su acostumbrado expediente; mató á sus dos hermanos, y con este ingenioso arbitrio alejó de ellos toda posibilidad de que algun día cometieran la imprudencia de delatarse á sí propios.

Pero la sociedad no está tan adelantada todavía que comprenda semejantes rasgos de abnegación, y Shafras corria grande peligro de que el verdugo se encargara de hacer con él lo que él habia hecho con el judío, con el afghan y con sus hermanos. Prudente como de costumbre, emprendió la fuga, y se trasladó á Constantinopla, por supuesto con los diamantes que tantos sacrificios, aunque tan poco dinero, le habian costado. En Constantinopla no hubo de creerse muy seguro, y se trasladó á Holanda. Entonces, como el ciervo fugitivo que cruza montes y valles en velocísima carrera, y no se detiene hasta que deja de oír las voces del ojeo, pasó una mirada en torno suyo, dilató su pecho y respiró con libertad. En Holanda dió á conocer sus tesoros, y propuso su adquisición á los soberanos mas opulentos de Europa.

Catalina II de Rusia fué la primera en caer en la tentación; debilidad disculpable en una mujer, pues sabido es que todas ellas darían sumas fabulosas por un diamante tambien fabuloso, á llamarse Catalina II, y regir un imperio tan vasto como el moscovita. Shafras manifestó tan exageradas pretensiones que la emperatriz, á pesar de su capricho y de su opulencia, solo se atrevió á comprar la *Luna de las montañas*, por el cual pedía su propietario la enorme suma de quinientos mil rublos (10 millones de reales próximamente). Se le ofrecieron títulos de nobleza, que atendidos sus antecedentes, le correspondían de derecho, una renta vitalicia de diez mil rublos, y quinientos mas en cada periodo de diez años. Shafras, para arreglar el negocio mas convenientemente, se trasladó á Moscou.

La diplomacia tomó cartas en el asunto, y el conde Panin, á la sazón ministro, se encargó de arreglar las condiciones del trato: á fin de no gravar sensiblemente los fondos del tesoro imperial, se decidió á esperar de las circunstancias lo que no podía prometerse de las negociaciones. Dilató la compra cuanto le fué posible, con pretextos mas ó menos frívolos; estudió á fondo el carácter del armenio; comprendió que pertenecía á esa raza de hombres que rígidos en la medianía, se dejan desvanecer facilmente por las riquezas, y adulando sus pasiones, y fomentando sus adormecidos instintos, consiguió arrastrarle á una vida licenciosa y disipada. Shafras contrajo infinidad de deudas, y cuando el conde Panin le vió sin recursos para pagar, y creyó que la fortaleza se rendiría al hambre, rompió descaradamente todos sus compromisos. El armenio se encontraba en la mas difícil situación que imaginarse puede. Los acreedores, instigados por el ministro, no le dejaban ni á sol ni á sombra; hallar un comprador para los diamantes era empresa de romanos, y sin satisfacer hasta el último rublo que debía, Shafras no podía salir ni siquiera de la ciudad, porque las leyes del imperio le negaban el pasaporte. El joyero de la corte se frotaba las manos con inefable fruición; gracias á la treta del conde, el precioso diamante iba á caer en sus manos, cuando mas, por la cuarta parte de su valor verdadero; mas Shafras, que comprendió todo lo maquiavélico del plan, y que tenía la dicha de ver dormido, por lo menos, tanto como el ministro despierto, vendió secretamente sus piedras inferiores, y cuando menos lo esperaban, pagó sus deudas y salió de Rusia, dejando al conde Panin con su plan frustrado, y á Catalina II con su deseo, cada vez mas vehemente.

La contradicción en los caprichos de la mujer es una cosa funesta, porque los aumenta hasta en lo infinito: la emperatriz no se contentaba ya con la *Luna de la montaña*: aspiraba también a poseer el *Sol de la mar*. Habían pasado diez años de inútil espera, hasta que al fin se supo que Shafras vivía en Astrakan, y ¡oh, tentación mas que diabólica! sin haber vendido sus diamantes. Se le hicieron nuevas proposiciones, pero como de los escarmentados nacen los avisados, y Shafras lo estuvo mucho, tuvo buen cuidado de no volver a Moscú, é impuso la condición de que el trato se verificase en Smirna. Catalina accedió á todo: el *Sol de la mar* y la *Luna de las montañas* pasaron á adornar la corona del imperio ruso, y el armenio recibió en pago de aquel tesoro los consabidos títulos de nobleza, a la que debía ser muy aficionado, seiscientos mil rublos en moneda contante, y mas de sesenta mil de pensión vitalicia.

Una sola cosa faltaba á la felicidad del venturoso Shafras; volver á ver el suelo en que había nacido; pero esto no era posible sin tener que dar estrecha cuenta de su conducta anterior, y resignándose con los rigores del hado, fijó su residencia en Astrakan, donde quiso la fortuna que hallase una compatriota con quien se casó, y de la cual tuvo nada menos que siete hijas.

Vivía pacífica y honradamente disfrutando a su sabor de los placeres domésticos y sofocando en ellos como mejor podía la voz de su conciencia, que de vez en cuando se alzaba; pero ¡oh inestabilidad de las humanas felicidades! un yerno suyo, que indudablemente estaba educado en su escuela, le envenenó con setas ponzoñosas.

La inmensa fortuna del armenio se dispó como el humo; sus hijas no pudieron nunca apagar entre sí la tea de la discordia, y sufriendo hambre, desnudez y desprecio, se espacieron por el mundo para morir miserablemente en los hospitales. La mano de Dios había escrito un anatema en la frente de aquella familia.

La muchacha de Astrakan, la mujer desdichada, cuyo bosquejo ha dado principio á este artículo, y que vive del comercio mas infame á que puede entregarse una mujer, es bisnieta de Shafras, del hombre que merced á dos homicidios y dos fratricidios, se vió dueño de una de las fortunas mas pingües de la tierra.

## Biografía española.

ARIBAU.

(Conclusion.)

No en los tiempos en que Aribau tuvo el placer de oír sus explicaciones, sino en tiempos mucho mas próximos á nosotros, un profesor que vestía con limpieza, con decencia y hasta con la elegancia que la gravedad de su cargo consentía, que hacía gala de esmerada educación y de caballerosos modales, que hablaba el castellano con pureza, que á una voz sonora y simpática añadía una pronunciación correcta y limpia, aunque un poco afectada, era *rara avis* en las escuelas de Cataluña. Aribau tomó afición al profesor y á la ciencia, cobrando al propio tiempo nuevas armas y nuevos bríos para sostener aquellas luchas de estudiante, preludio y ensayo de otras luchas en que mas tarde debía ejercitar su ingenio y su pluma. Entonces contrajo relaciones de amistad con el sabio Sampons, con el erudito Llobet, y con otras personas instruidas, alguna de las cuales sobrevive á sus compañeros. En una academia filosófica que los jóvenes estudiantes habían fundado leyó Aribau disertaciones literarias y científicas de que se conservan todavía gratísimos recuerdos. Al concluir la filosofía, á los 18 años, aunque dentro de un círculo modesto, había adquirido ya una reputación literaria.

La situación de su familia le obligó á trabajar para vivir, entrando en la casa de comercio de los señores Dodero, y luego en la de Villavecchia. De la poesía y de la física pasó á los números en aquella edad en que el corazón despierta como de un letargo y en que la fantasía sueña y vuela. Pero ambas casas de comercio eran italianas, y no tardó el tenedor de libros en conocer el dulce y hermoso idioma que probablemente le inspiró la mas tierna y hermosa de sus poesías, y en el que ensayó mas tarde sus naturales y contrariadas dotes poéticas, y aquella facilidad de lenguaje y de versificación que ni la aritmética, ni los rudos golpes de fortuna, ni los padecimientos físicos pudieron robarle.

La revolución de 1820 le cogió en la edad en que el entusiasmo domina al hombre, y el himno *Libertad, libertad sacrosanta*, etc., le hizo saborear las engañosas delicias del popular aplauso. Pero la práctica de los negocios mercantiles y los sólidos estudios que habían preparado su alma moderaron bien pronto los irreflexivos impetus de la pasión, y en medio del vértigo de las ideas y de los rencores políticos, brilló al momento aquel buen sentido que en sus actos y en sus escritos debía distinguírle, y puede decirse que desde entonces quedó para siempre perfectamente delineado su carácter. Escribió en el *Constitucional*, y la templanza de sus escritos le obligó á retirarse. Con el P. don Manuel Casamada escribió la *Voz de la razón*, y el aplomo de la de Aribau no pudo tampoco avenirse con la menos pesada de su ilustrado compañero.

A propuesta del diputado don Ramon de Ciscars fué nombrado (1822) secretario de la diputación provincial de Lérida, cuyo cargo desempeñó hasta la invasión del ejército francés en 1823: acontecimiento que le obligó á

refugiarse en Barcelona, donde ondeaba todavía el estandarte de la libertad. Tomó parte en la redacción del *Europeo*, que siguió publicándose aun despues de la caída del régimen constitucional. Tradujo y escribió por necesidad hasta que la junta de comercio, admiradora de su talento, le ofreció un destino en la secretaría, creado á propósito para él, con objeto de emplear sus conocimientos y su pluma en la redacción de los documentos mas importantes y de las representaciones que tenía que elevar al gobierno.

En 1826, por insinuación de don Félix Torres Amat, que mas tarde debía ser obispo de Astorga, y biógrafo de los escritores catalanes, brindóle el marqués de Remisa con un destino en su casa, cuyos negocios dirigió largo tiempo, y en donde, rodeado de guarismos, exhaló de su pecho el ya citado canto *A ma patria*, y poco despues compuso la oda *A la consagración del obispo de Astorga*, su amado protector.

La *España*, con mas conocimiento de los hechos y mas bien cortada pluma terminará esta ligera reseña.

« Las últimas correspondencias de Barcelona nos comunican la triste noticia de la muerte de uno de nuestros mas antiguos y mas queridos amigos, el señor don Buenaventura Carlos Aribau.

Tiene razon la *Discusion* al asegurar que no hay español amante de las buenas letras que no conozca este nombre por tantos títulos respetable. Era Aribau uno de los pocos escritores que conservaban la pura dicción castellana y los atrevidos rasgos de nuestra sintaxis. Su vida de Cervantes, escrita con aquel sabor clasico que tan grato es á todos los que cultivan la sonora y hermosa lengua nacional, bastaría para colocarle en el número de nuestros mejores hablistas. En su dialecto catalán Aribau escribió versos de una dulzura y de una poesía inimitables. Suya es también en la parte italiana, como lo fué del señor don Ventura de la Vega en la española, la letra de aquella lindísima bazaar cantada el año de 1846 en una fantástica é inolvidable fiesta que tuvo á bien dar S. M. en los jardines del real Casino, siendo intendente de palacio el señor Egaña.

Poco antes del convenio de Vergara, el señor Aribau, don Luis Pastor, que en 1833 fué distinguido ministro de Hacienda, y el señor Manzano (don Julian), amigos y dependientes los tres en aquella época del señor Remisa, y unidos además entre si por los vínculos del mas tierno afecto, fundaron un nuevo periódico titulado *el Corresponsal*, que murió en 1843, despues de haber honrado su vida con escritos de mérito literario, económico y político que le dieron merecido renombre, y sobre todo con una noble acción que no se olvidará de consignar la historia, así que hayan pasado los vértigos de la pasión contemporánea.

También tuvo el señor Aribau algun tiempo á su cargo la parte rentística ó de hacienda del periódico *la Nación*, en el cual sostuvo con gran talento la teoría proteccionista; y mas de una vez honró nuestras columnas en clase de aficionado por los años de 1848, 1849 y 1850, tratando varias graves cuestiones filosófico-políticas con el profundo espíritu crítico, vasta instrucción, purísimo gusto literario y templanza de formas que distinguen siempre al escritor de verdadero mérito.

De tan larga y laboriosa vida consagrada constantemente al estudio y al deber, y despues de haber desempeñado cargos de absoluta confianza, así privados como públicos, en la mas elevada esfera, el señor Aribau no sacó mas que una modesta medianía que rayaba en la pobreza, bastantes desengaños, y una vejez anticipada que el cielo ha querido sin duda acortar en los arcanos de su misericordia.

Durante los últimos años se había dedicado el señor Aribau á estudiar casi exclusivamente las cuestiones económicas, y deja inédita una obra de hacienda que aumentará su universal reputación. Sentimos mucho que la muerte haya venido á interrumpir este trabajo.

Modesto, laborioso, erudito, buen literato, buen economista, gran escritor (aunque no perteneciese á la Academia), sencillo en su porte y costumbres, la muerte del señor Aribau será universalmente sentida en el país, y su desolada esposa y leales amigos la deploran en el fondo de su alma con aquel indefinible sentimiento que acompaña siempre á la pérdida de los objetos que se aman.

Murió Aribau el 17 de setiembre, en el seno de su querida patria, rodeado de sus mas cercanos parientes, de los amigos de su infancia, de sus admiradores, cuando todas las sociedades corales de Cataluña parecían que se congregaban atraídas por la voz que treinta años antes había conseguido evocar de la tumba la lengua y la poesía catalanas, cuando su nombre acababa de pronunciarse con respeto en el Consistorio de los juegos florales, cuando ya víctima de la enfermedad que había de apagar la lumbre de su entendimiento y la voz de su corazón, soñaba con la *Eglantina de oro*, y se aprestaba á disputar el premio que ninguno tanto como él había merecido.

Mientras el fúnebre acompañamiento se encaminaba al campo santo, triste sudario cubría las cumbres del Tibidabo y de las graciosas colinas que lo rodean. Las nubes del cielo dejaban caer su ceniciento velo hasta la ermita de la *Bona-Nova*, donde el llorado trovador había recibido las santas aguas del bautismo, y que se distinguía claramente desde el lugar en que estaba abierta la sepultura.

J. COLL y VEHI.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Los trajes de las bodas de la princesa María Pia, hoy reina de Portugal. — Dos trajes de paseo al gusto parisiense. — Sombreros de otoño y de invierno. — Dos prendidos de baile. — Un traje elegantísimo fotografiado en el bosque de Boulogne. — Descripción del figurin de este número, que representa trajes de boda.

Antes de hablar de las novedades de otoño y de invierno, voy á describir los esplendores que han enaltecido á la moda parisiense en Turin, con motivo del casamiento de la princesa Pia, hoy reina de Portugal.

A la celebración del casamiento precedió un concierto en la corte, en el cual fueron muy admirados Tamburini y la prima donna Colson.

La princesa Pia llevaba un precioso traje de tul blanco, cubierto de magníficos encajes de Inglaterra. Una diadema de brillantes resplandecía en su hermosa cabellera rubia.

Además lucía el gran cordon de Portugal.

La princesa Clotilde se presentó con un vestido de tafetan blanco guarnecido de ruches azules y de ramilletes de rosas, con adorno de cabeza de rosas, diamantes y plumas azules.

La princesa Matilde, con vestido de muselina blanco adornado de lazos encarnados, con un collar de perlas de ocho hilos y perlas en el cabello.

La duquesa de Génova con vestido de tafetan Solferino con flores brochadas de plata, y su magnífico y célebre collar de perlas en el cuello.

La princesa María de Solms con vestido de tul blanco con buzones, sobre el cual se extendían ocho ramajes de lilas. Una corona de lilas esmaltada de estrellas de diamantes ceñía su hermosa cabellera negra. Collar y pendientes de perlas.

La princesa de Solms obtuvo aquel día un triple triunfo como mujer, como poeta y como prosista. Los versos que dirigió al rey Victor Manuel en favor de Garibaldi contribuyeron mucho á la amnistía. En cuanto á su folleto titulado *el Porvenir de Portugal*, está escrito con una elevación de estilo y de ideas y una profundidad poética, que coloca á la princesa en la categoría de los primeros escritores.

Dos jóvenes japonesas hijas del primer embajador, ostentaban también su belleza realzada con magníficos trajes orientales.

Por último, los uniformes y las condecoraciones acababan de hacer brillante esta espléndida fiesta.

Al otro día del concierto hubo soirée en el ministerio del Interior, en casa del señor Ratazzi. La princesa de Solms llevaba un traje negro bordado de azabache, con un sombrero de tul blanco adornado de pequeñas margaritas.

El día del casamiento, que tuvo efecto en la capilla de la corte, la graciosa princesa llevaba un lindo vestido de tafetan malva, un albornoz de encaje de Inglaterra, y un sombrero lila adornado de flores verdes.

Por fin, al día siguiente toda la corte acompañaba á la nueva reina de Portugal á Génova, y por la noche hubo una funcion de etiqueta en el teatro de Carlo Felice.

Al otro día, que era lunes, toda la corte se había dado cita en el Arsenal, para acompañar en barca á la joven y nueva reina hasta el buque que debía trasportarla á Portugal.

Tratemos ahora de las modas nuevas.

Ya he señalado las sederías de otoño y las confecciones de invierno, y mientras llegan los modelos de Todos Santos, hé aquí dos trajes de paseo de una elegancia enteramente parisiense.

El uno se compone de un vestido de tafetan antiguo gris tórtola adornado hácia el bajo de la falda con cocas de tafetan rizado una sobre otra, y como sosteniendo los anchos pliegues de la falda.

Nada mas artístico que este adorno.

El cuerpo lleva un talle redondo marcado por detrás con un cordon que describe un arabesco á cada lado de la costura de espalda, y cae con dos largas borlas.

A cada lado del pecho el cordon forma el mismo arabesco.

Las mangas son medio-anchas, de codo, fruncidas en la sangría, guarnecidas con un rizado de tafetan, y una ancha coca rizada que forma vuelta sobre la manga.

Sombrero de terciopelo negro, guarnecido de terciopelo cereza y de encaje negro. Cachemira de la India con palmas multicolores; guantes gris perla y botitas de piel dorada, respunteadas de blanco, con elásticos y tacones cuadrados.

El segundo traje es de tafetan antiguo azul de Lyon, adornado hácia el bajo con tres listas de entredos de guipures, una sobre otra, con puntilla rizada de cinta azul.

Los vestidos continúan adornándose por abajo; es el estilo del primer Imperio, perfeccionado.

Sobre este vestido se lleva un cuello Rosita de terciopelo negro adornado con anchas palmas de guipure, y en medio un ramillete de flores bordadas al pasado. En el bajo del cuello hay una guipure cosida llano con volante de guipure.

Capota de tafetan blanco rizado con bavolet de terciopelo verde sobre el cual cae una banda de encaje. Por el lado y al borde del ala, pouff de plumas verdes sobre un grupo de rosas que adorna el interior del sombrero.

Los sombreros se siguen haciendo altos y cargados de penachos de pluma como en tiempo de María Antonieta.

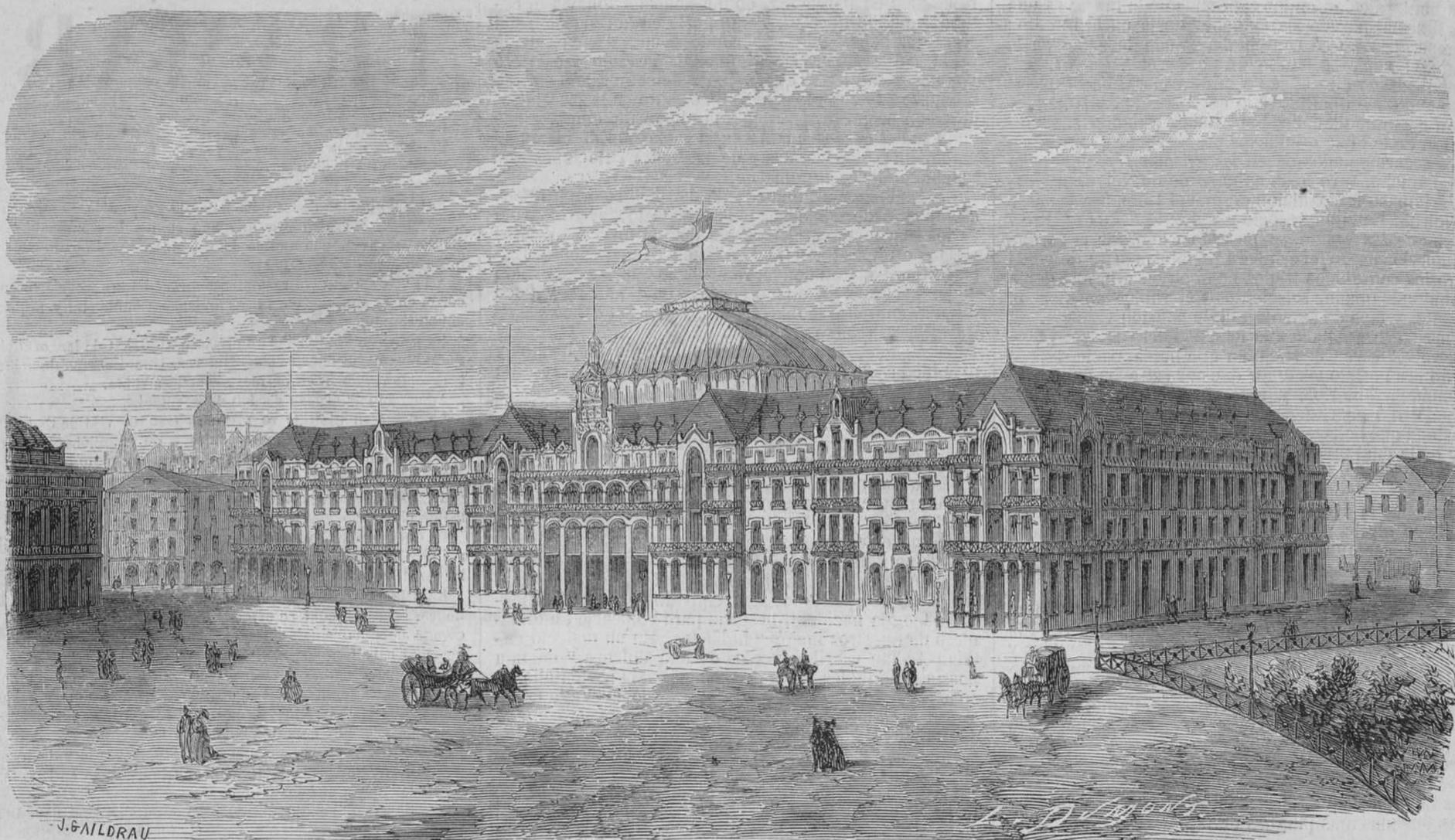
Sin embargo, las señoras de buen tono adoptan una forma menos exagerada.

Hé aquí algunos sombreros que explicarán los actuales caprichos de la moda.

Un sombrero real blanco con el ala compuesta de pliegues que forman abanico. En medio lleva una camelia de terciopelo rubí, y en el interior flores y lazos.

Una capota de terciopelo esmeralda con casco de tul bordado, cubierto con un fanchon de pluma de pavo real y franja de avestruz negra, sostenido por un ancho broche de azabache. En el interior se ve un adorno de terciopelo verde y azul que recuerda los colores de los ojos del pavo real.

Un sombrero de terciopelo gris aceró con bavolet y terciopelo



El hotel Victoria en Pau, según los planos de M. Labrot, arquitecto.

rubi. Dos adornos de Chantilly se cruzan sobre el ala y caen por un lado sobre una coca de iris rubí. Bavolet cubierto de encaje.

Una capota de terciopelo negro con borde claro de tul Malinas. Lleva una banda de Chantilly á la María Estuarda, que cae graciosamente en punta por el interior. Al lado un manojo de yerbas naturales, con anémonas de terciopelo azul, follaje dorado, y un pajarillo mosca perdido en la yerba.

Citémos ahora dos prendidos de baile.

El primero se compone de bullones de tarlatana rosa formando losanges, cubiertos con un velo de tarlatana blanca recogido al lado con una rosa sostenida por una estrella de pluma negra que oculta el tallo. Corpiño escotado á la Luis XV, con un plastron de losanges de crespón. Una rosa con estrella en medio de la punta del corpiño y en el hombro izquierdo.

Para la cabeza se lleva con este traje una corona de rosas.

El segundo prendido es de tul de Lyon blanco con dos faldas.

El bajo de la primera lleva un sesgo de tafetan junquillo velado con un encaje negro. La segunda va levantada hasta la mitad todo al rededor, á la Lancret, y lleva seis medias lunas de pluma de un amarillo dorado, en medio de las cuales se abre una rosa silvestre de terciopelo negro con corazon de oro.

En el cuerpo draperías de tul por detrás y por delante.

Por último, un traje muy original se ha notado estos dias en el bosque de Boulogne en un landó forrado de seda azul.

El vestido era de tafetan gris Isabel, y estaba adornado hasta media falda á grandes distancias, con estrellas de pluma granate.

El cuerpo abierto por delante en forma de chaleco llevaba como una botonadura de las mismas estrellas.

La manga abierta á partir del codo, caía en dos puntas á cuyos extremos habia una estrella de pluma.

Un chal derecho y forrado de tafetan, rodeado con un rico encaje de Chantilly, acompañaba á este vestido.

El sombrero era de crespón blanco, y en el ala así como en el bajo del bavolet llevaba una greca de terciopelo granate.

Casi sobre el casco habia un penacho de plumas granate y blanco.

En el interior bandó de narcisos granate y blanco.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin, que representa trajes de boda.

El vestido de novia es de tafetan blanco y lleva un volante rizado que describe anchas ondulaciones de pasamanería de musgo blanco en forma de redecilla. En cada ondulacion tres copos de musgo blanco.

Sobre esta falda de tafetan cae una segunda falda festoneada de cordoncillo mate, y recogida por el lado en drapería.

Cuerpo abotonado en toda su altura y abierto hácia abajo en dos puntas.

En la cintura va prendido de lado el ramillete de flores de azahar.

Mangas medio-anchas abiertas de lado y ribeteadas con una redecilla de musgo blanco con mangas interiores de encaje de Inglaterra.

En la escotadura ruche de encaje. — Guante blanco; pañuelo de encaje, y diadema de flores de azahar en la cabeza.

Velo de tul que envuelve todo el traje.

La segunda figura lleva un vestido de tul verde luz sobre transparente de tafetan verde, adornado de cocas de tul rizadas y sobrepuestas. Cuerpo con draperías, de punta por delante y con

adorno de tul por detrás. Mangas compuestas de dos pequeños volantes. Tocado antiguo á la ateniense de cocas muy lisas que ocupan todo lo alto de la cabeza y caen en doble rodete. En derredor de las sienes el cabello está levantado, y lleva por adorno un ramito de flores silvestres. Brazaletes de diamantes y de esmeraldas.

El tercer traje es de tafetan antiguo pensamiento de la India, y va guarnecido por abajo de la falda con dos altos volantes de Chantilly y listitas de terciopelo negro que separan los encajes.

Cuerpo escotado y guarnecido de listitas de terciopelo, con volante de encaje que forma un fichu cruzado y se anuda por detrás con puntas colgantes.

Rosas blancas sembradas en la cabellera, y peineta de calados de oro.

Ultimo traje. — Vestido de tafetan antiguo color albaricoque con adornos de encaje negro.

El cuerpo lleva una berta de Chantilly cruzada con gruesa rosa china de tarlatana.

En la cabeza dos rosas chinas de tarlatana. — Guantes color de paja.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

**Hotel Victoria en la plaza Real de Pau.**

Pau es una de las ciudades mas pintorescas de Francia, y una de las mas notables por sí misma y por su historia.

Edificada en la pendiente de una colina y sobre la meseta que la domina, Pau tiene calles antiguas, angostas y rápidas que bajan serpenteando hasta el baranco de Hedas.

Desde la plaza Real que está en el centro de la poblacion, se disfruta de una vista admirable. Abajo el Gave de Pau; enfrente las cuevas de Juranzon cubiertas de lindas casas de recreo; en el horizonte los Pirineos dominados á la derecha por el pico del Mediodia de Ossan, y á la izquierda por el pico del Mediodia de Bigorra.

Pau es al mismo tiempo una ciudad muy sana; el invierno es allí suave sin ser húmedo, y así es que todos los años á los primeros frios, acude una colonia de extranjeros compuesta principalmente de enfermos del pecho ó de convalecientes que van á concluir su curacion en ese lugar privilegiado, que se halla siempre al abrigo de los vientos.

Hasta hoy se han encontrado en Pau casi en todas las casas habitaciones amuebladas, cuyo alto precio solia obligar á los enfermos á limitar su residencia. Reconocido este inmenso inconveniente, se ha formado una compañía anglo-francesa con el objeto de construir en una de las posiciones mas pintorescas de la ciudad, en la plaza Real, y sobre el puesto que ocupó el antiguo hotel de Francia, un hotel casi igual en dimensiones al del Louvre, y que ofrecerá como este todas las comodidades apetecibles en un establecimiento de este género.

Sin contar las suntuosas habitaciones reservadas para los viajeros de la mas alta categoria, el hotel Victoria, que tal es su nombre, contendrá quinientos cuartos de distintas dimensiones.

El ala derecha del edificio, expuesta al Mediodia y reservada á los enfermos, solo contendrá habitaciones enteramente independientes unas de otras, y cada una con su entrada particular.

El hotel será construido por los planos de M. Labrot, arquitecto de un mérito reconocido y autor de varios hoteles elegantes de los Campos Eliseos. La sociedad anglo-francesa del hotel Victoria se ha fundado con el capital de 3.500.000 francos, dividido en 7.000 acciones de á 500 francos cada una.

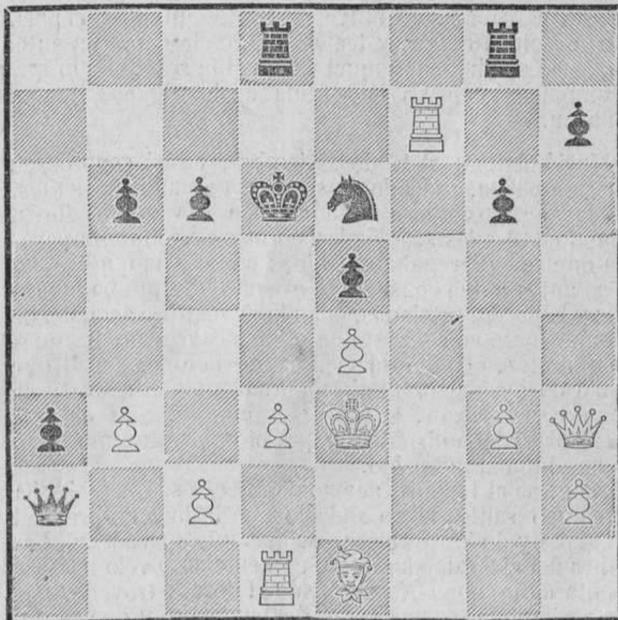
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 32.

- |                  |                       |
|------------------|-----------------------|
| 1 C 7ª CRª       | Rª 3ª R (mejor)       |
| 2 T 8ª Rª jaque  | R 2ª R                |
| 3 A 4ª TR        | P 3ª AR (mejor)       |
| 4 T 7ª C jaque   | A 2ª A                |
| 5 T come A jaque | T come á su vez mate. |
| 6 C 8ª C         |                       |

PROBLEMA NUM. 33, POR M. DE BASTORET.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.